Carlos Taibo

El conflicto de Chechenia

CATARATA

Carlos Taibo

El conflicto de Chechenia

Una guía introductoria

CATARATA

Créditos

© Carlos Taibo, 2000

© Los Libros de la Catarata, 2000

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

ISBN digital: 978-84-8319-690-8

ISBN: 84-8319-080-X

Depósito legal: M-48.361-1999

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

“Tengo un particular recelo y desconfianza por el hombre ruso que se hace con el poder: quien ha sido esclavo hasta hace bien poco se convierte en un déspota desenfrenado en el momento en que se le abre la posibilidad de ser el patrón de su vecino”

Maksim Gorki

Prólogo

Como reza el título, éste es un libro de urgencia. De la misma suerte que ocurrió en la primavera de 1999 con el conflicto de Kosova, son muchos —exageremos, en beneficio del argumento, la dimensión del fenómeno— los que, entre nosotros, demandan una información básica en torno a un problema que, por lo demás, no es nuevo. Porque conviene recordar que Chechenia fue objeto ya de una sangrienta guerra que se prolongó desde diciembre de 1994 hasta agosto de 1996.

Parece como si en los últimos años hubiésemos asistido a la aplicación de una regla que no muestra excepciones: cuanto más hacia el este, y cuanto más hacia el sur, se hace valer un conflicto, menor atención suscita en nuestros medios de comunicación y, a través de ellos, en nuestra precaria sociedad civil. Si levantó un notable interés —aunque sin duda no el suficiente— la guerra en Bosnia-Hercegovina, el contencioso checheno, desplegado dos mil kilómetros más hacia el este, se ha llevado muchas menos primeras planas de los periódicos, y casi nadie sabe que una república ex soviética del Asia central, Tayikistán, ha sido escenario de una cruel guerra civil en los últimos años. Curioso es que se haya escuchado tantas veces aquello de que el asedio de Sarajevo era intolerable habida cuenta de que la capital bosnia se encontraba a una hora de avión de Roma, pero en cambio en pocas ocasiones se haya dicho que Argel —con un mar presuntamente distribuidor de civilizaciones de por medio— se halla a una hora de avión de Madrid.

Por momentos uno tiene la impresión de que nuestra desidia eurocéntrica guarda una estrecha relación con un juego tan miserable como el descrito, no en vano nos invita a mostrar preocupación por quienes se nos antojan iguales —los distintos pueblos que moraban en lo que hasta 1991 fue Yugoslavia— y a olvidar —cuando no a instalarnos en el recelo— a

quienes, en virtud de los propios estereotipos mediáticos, nos han sido presentados como diferentes. En el caso concreto de Chechenia es legítimo alimentar la sospecha de que ha acabado por calar entre nosotros la propaganda urdida por el gobierno ruso, que ha dado en describir a los chechenos como meridionales impregnados de fundamentalismo y biológicamente entregados al ejercicio del terror y de las prácticas mafiosas.

Al margen de lo anterior, el conflicto de Chechenia revela al menos tres hechos importantes. En virtud del primero, nos hace saber, una vez más, que no es tan sencillo rechazar ontológicamente los nacionalismos. Pese a que los sucesivos regímenes imperantes en Chechenia en los últimos años no siempre han respondido a realidades edificantes, parece fuera de duda que la historia del país obliga a poner el dedo en una llaga: la del sinfín de arbitrariedades que han caracterizado la construcción de casi todos los estados. Quien, pese a ello, haya decidido, con todos los portavoces de nuestros gobiernos, que es menester otorgarles a aquéllos una condición sagrada y pujar siempre por la preservación de la integridad territorial está zanjando de manera demasiado rápida problemas complejos y, muy probablemente, está dando la espalda a la opinión de claras mayorías. En segundo lugar, resulta difícil encontrar un solo argumento serio que permita respaldar las impresentables políticas de nuestro aliado moscovita. El delirio imperial al que ha sucumbido el presidente Yeltsin se suma así, por un lado, a la ignominia de unas medidas económicas que han arrojado a la miseria a una nutrida parte de la población rusa y, por el otro, a la enorme debilidad de la respuesta civil frente a los poderosos y sus caprichos. En tercer término, en fin, el contencioso checheno revela dramáticas incoherencias en nuestros países, sumergidos desde mucho tiempo atrás en la miseria de un ‘doble rasero’ que permite asumir actitudes concesivas ante los amigos mientras se obstina en aplicar asesinos embargos a los enemigos. Nunca se subrayará lo suficiente que quien está interviniendo militarmente en Chechenia en estas horas no es otro que el aliado fiel que el mundo occidental ha procurado aupar —con los mitos de la democracia y del mercado de por medio— en el Kremlin.

Este librito, que recoge una información básica a menudo dispersa en el grueso de los medios de comunicación, se propone aportar, también, un

grano de arena que sirva para articular entre nosotros un cada vez más necesario movimiento de contestación frente a la agresión militar rusa en Chechenia. No deja de ser sorprendente al respecto la dramática falta de respuesta de nuestra sociedad, engatusada acaso por el eurocentrismo al que antes hacíamos referencia. En el caso de alguna izquierda, y por añadidura, no faltan tampoco algunas lamentables defensas de la política yeltsiniana en Chechenia, ajustadas las más de las veces a una visión del planeta que invita a pensar que todo aquello que contribuya a erosionar el poderío de Rusia beneficia sin más al mundo occidental. Aunque ello pueda ser cierto en alguna medida, bueno será que semejante forma de razonar no se convierta en una lamentable añagaza exculpatoria de quienes hoy por hoy no sólo son culpables de un genocidio en el Cáucaso norte: sobre sus hombros recae también la responsabilidad de un empobrecimiento imparable, en todos los ámbitos, del grueso de los ciudadanos rusos.

El texto que el lector tiene en sus manos es, en fin, una actualización —engrosada con algunos apéndices— de un trabajo que, publicado con el mismo título en 1995 por Bakeaz, un centro de documentación sobre paz y desarme radicado en Bilbao, se proponía desglosar las claves fundamentales del conflicto librado en Chechenia a partir de diciembre de 1994.

Carlos Taibo
diciembre de 1999

I. El escenario

Chechenia es uno más de los pequeños países situados tierra adentro, al norte de la cordillera del Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio. Con capital en Grozni y ubicada formalmente en el interior de la Federación Rusa, hasta 1992 su territorio se vio integrado en la llamada república de Chechenia-Ingushetia, que tenía una extensión de 19.300 km^2. Compartía, y comparte, zonas montañosas, al sur, y áreas llanas en transición hacia la estepa rusa, al norte.

Tierra de fricción entre culturas y religiones, en el Cáucaso norte no se han hecho sentir nunca ni una plena rusificación ni una cabal musulmanización. Aunque no han faltado poderosos elementos de confrontación entre las etnias locales, la región presenta cierta unidad de identidades, asentada acaso en el carácter resistente que, en el pasado, mostraron los habitantes de las zonas montañosas. En la literatura rusa, y en la propia literatura local, la imagen de éstos ha sido siempre la de gentes hospitalarias, orgullosas y destemidas, muy difíciles de someter.

En 1989 el número de habitantes de la república de Chechenia-Ingushetia ascendía a 1.400.000. De ellos, un 58% eran chechenos, un 13% ingushetios y un 23% rusos. El porcentaje de población rusa se había reducido en un 6% con respecto a los niveles de 1979, acaso por efecto de la relativa crisis de la industria petrolera; la presencia de los rusos era particularmente significada, de cualquier modo, en los centros urbanos. A partir de 1991 se verificaron, con todo, dos procesos de innegable importancia demográfica. Por un lado, y como veremos, la declaración de independencia de Chechenia se tradujo en el éxodo de una parte, difícilmente cuantificable, de la población rusa. Por el otro, la separación de Ingushetia, que en 1992 desgajó 2.000 km^2 de territorio y 230.000

habitantes, por lógica redujo de manera notable el porcentaje de ingushetios residentes en los 17.300 km^2 restantes.

Al margen de los chechenos presentes en su república, fuera de ella residen algunas comunidades chechenas importantes. Así sucede, en particular, en la vecina Daguestán, en algunos lugares del Asia central a los que habían sido deportados ciudadanos chechenos en 1944, en Moscú y otras grandes ciudades de la Federación Rusa, y en Jordania y otros países del Oriente Próximo.

Aunque la mayoría de los chechenos son musulmanes sunnitas, hay que convenir que hasta hace bien poco los signos de identidad religiosa eran débiles: al igual que en otros escenarios, la religión era ante todo un elemento de identificación cultural. Por lo que a la lengua se refiere, el checheno y el ingushetio son dos dialectos de una lengua caucasiana que, conocida con el nombre de naj, incorpora préstamos del árabe, el persa, el turco, el georgiano y el ruso. En 1979 un 98,6% de los chechenos identificaban en el checheno su lengua materna, si bien un 76% declaraban que el ruso era su segunda lengua. En el sistema educativo el checheno ocupaba, sin embargo, un lugar marginal, en franco retroceso.

Los primeros intentos, más bien baldíos, de desarrollar una literatura en checheno se produjeron en Georgia a mediados del siglo XIX y se sirvieron del alfabeto cirílico. Esta circunstancia suscitó más de un conflicto, toda vez que en Chechenia se utilizaba cotidianamente el alfabeto árabe. Es más: las manifestaciones literarias se servían de la propia lengua árabe. Hubo que aguardar a los primeros años de la época soviética para que en Chechenia se emplease el alfabeto latino, definitivamente sustituido, en 1938, por el cirílico.

II. La historia

El Cáucaso norte es un espacio geográfico en el que se hace sentir una enorme diversidad étnica. Por él han pasado, y en él se han quedado, numerosos pueblos. Baste con mencionar los nombres de escitas, alanos, ávaros, jázaros o turcos. Si en el siglo IV penetró el cristianismo en la parte más occidental del Cáucaso, hubo que aguardar al siglo VII para que el Islam se hiciese fuerte en la porción más oriental.

En el siglo XIII, y al amparo del 'janato de la horda de oro', con centro en el propio Cáucaso norte, los mongoles pasaron a controlar el grueso del territorio de Rusia. El yugo mongol se desvaneció, sin embargo, a caballo de los siglos XIV y XV, de la mano de Timur y de Tamerlán, que ocuparon el conjunto del Cáucaso. A partir del XVI, y a través ante todo de los cosacos, empezó a hacerse sentir la presión de Rusia en las estepas septentrionales. Esa presión se acrecentó sensiblemente en la segunda mitad del siglo XVIII y abrió el camino a la incorporación, muy conflictiva, del Cáucaso norte al imperio ruso.

De manera más específica, los chechenos parecen ser descendientes de tribus caucasianas que, acaso en el siglo V, buscaron refugio en las montañas —según la leyenda procedían de Siria o de Irak— tras la invasión alana. Por lo común se trataba de nómadas dedicados a la ganadería y organizados en clanes patriarcales. A finales del siglo XVIII se verificó entre ellos la definitiva penetración del Islam. Como un hito más del proceso antes reseñado, también a finales del XVIII se hizo evidente la intención rusa de conquistar el territorio ocupado por los chechenos. La resistencia de éstos la encabezó, entre 1785 y 1791, Mansur Ushurma. Más adelante, entre 1834 y 1859, Shamil dirigió una 'guerra santa' contra los rusos. En 1864 remataba, en fin, la 'guerra caucasiana', y se producía un masivo éxodo de gentes del Cáucaso norte —muchos de ellos chechenos—

hacia el Oriente Próximo. El imperio zarista impuso, por lo demás, condiciones de vida draconianas para la población autóctona, cuyas posibilidades de movimiento y, más aún, de residencia en las ciudades se vieron sometidas a cortapisa.

El triunfo de la revolución de febrero de 1917 suscitó en el Cáucaso norte renovadas esperanzas de que las cosas iban a cambiar y de que la férula imperial rusa, en particular, se iba a desvanecer o, al menos, a mitigar. En los años siguientes, extremadamente convulsos, se hicieron notar muchas alternativas. A un intento de creación de un Estado independiente en la zona oriental del Cáucaso le acompañaron la configuración de una república socialista en territorios más centrales y una encendida oposición, en su momento, a los ejércitos blancos de Denikin, percibidos como el signo de una amenaza rusa más; esa oposición también se hizo valer contra los cosacos, que colaboraban con los blancos. A finales de 1919 se procedió a constituir un emirato del Cáucaso norte en el que participaban daguestanos, chechenos, osetios y kabardinos. Dos años después el emirato fue disuelto por los bolcheviques con promesas de cierto grado de autonomía que luego no fueron satisfechas. Tras la efímera creación de una ‘república soviética autónoma de las Montañas’, en 1922 se optó por la fragmentación de esta última, acompañada entonces de un efectivo desarme de los grupos resistentes y de una incorporación a las estructuras territoriales de la Federación Rusa.

Secuela de ese proceso de fragmentación del Cáucaso norte fue, en 1922, el reconocimiento de una región autónoma de Chechenia, pronto seguido, en 1924, del de otra de Ingushetia. Los restos que pudieran quedar de fórmulas autóctonas de organización social y política experimentaron una nueva agresión de resultas del programa de colectivización desplegado a partir de 1928. Ocho años después la nueva Constitución soviética daba nacimiento a una ‘república socialista soviética autónoma (RSSA) de Chechenia-Ingushetia’.

En 1942 el ejército alemán alcanzó el Cáucaso y realizó promesas de reconocimiento de la soberanía de los pueblos que mostrasen una voluntad colaboradora. Aun sin pruebas de una activa connivencia de los chechenos con el invasor nazi, en 1944 las autoridades soviéticas tomaron dos

decisiones asentadas en un visible criterio étnico, toda vez que ningún esfuerzo se hizo para distinguir a presuntos colaboradores de otras gentes: si por un lado la RSSA de Chechenia-Ingushetia fue abolida, por el otro se decretó la deportación, con destino al Asia central, del grueso de la población chechena. Unas 400.000 personas fueron deportadas, y de ellas unas 100.000 perdieron la vida. El procedimiento se hizo valer también con ingushetios, karachais, calmucos, balkares y turcos mesjetas de Georgia, todos ellos recibidos como criminales y delincuentes en los lugares de destino.

Así las cosas, el territorio de Chechenia-Ingushetia fue distribuido entre las repúblicas limítrofes y muchas de las viviendas de los deportados pasaron a manos de nuevos colonos. La rehabilitación oficial no se produjo hasta 1957, si bien en los años anteriores algunos deportados habían iniciado ya el retorno; significativo es, por ejemplo, que en 1956 se registrasen incidentes con los nuevos colonos rusos. La RSSA de Chechenia-Ingushetia fue finalmente restablecida en 1957. Conviene recordar que las repúblicas socialistas autónomas —que a la postre eran cuatro en el Cáucaso septentrional: Daguestán, Chechenia-Ingushetia, Kabardino-Balkaria y Osetia del Norte— tenían menores atribuciones que las repúblicas federadas —tal condición correspondía a Armenia, Azerbaiyán y Georgia—, pero se hallaban por encima, en la jerarquía, de las llamadas ‘provincias autónomas’, como Adigueya o Karachai-Cherkessia.

Desde 1957 hasta la etapa de *perestroika*, Chechenia-Ingushetia siguió avatares semejantes a los del resto de la URSS. Los últimos años de Jrushchov anunciaban ya una vuelta atrás en el reconocimiento de los derechos nacionales, reflujo que se confirmó plenamente, a partir de 1964, de la mano de Brézhnev. El período de gobierno de éste se vio marcado por un impulso centralizador, por el acuñamiento de conceptos como el de ‘pueblo soviético’ y por un retroceso en lo relativo al empleo de las lenguas nacionales y a la libre manifestación de las culturas correspondientes. En esos años, la ‘ingeniería étnica’ soviética funcionó visiblemente con un objetivo: rebajar al mínimo posible el peso de las diferentes identidades nacionales.

Tampoco fue muy singular la deriva de Chechenia-Ingushetia en la etapa de *perestroika*. A tono con lo que ocurría en otros muchos lugares de la periferia de la URSS, en 1988 surgió un Frente Popular que hizo de la resolución de los problemas ecológicos uno de sus principales objetivos; particularmente significadas fueron las protestas contra la construcción de un complejo bioquímico en Gudermés, en el este de la república. Otras organizaciones políticas que surgieron al calor de la *perestroika* fueron el Partido Democrático 'Vainaj', el Comité 'Bart' y la sociedad 'Kavkaz'. Pese al nacimiento de fuerzas como las anteriores, la dirección del Soviet Supremo de Chechenia-Ingushetia siguió en manos de miembros de la *nomenklatura* de la república, y a través de ella del Partido Comunista local. En 1990, en particular, un miembro de éste, Doku Zavgáyev, fue elegido presidente del citado Soviet Supremo.

En 1989 y 1990, por otra parte, fueron principalmente chechenos quienes impulsaron la creación de la Confederación de Pueblos Montañeses del Cáucaso (CPMC). En el otoño de ese mismo año Chechenia-Ingushetia fue una de las repúblicas del Cáucaso norte que se declararon soberanas y reivindicaron una condición semejante a la que disfrutaban las repúblicas federadas soviéticas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia. Un cambio sustancial en el panorama se produjo, en fin, a finales de 1990, cuando vio la luz una nueva formación política, el Congreso Nacional del Pueblo Checheno, presidido por Dzhojar Dudáyev, un general soviético que había estado destinado con anterioridad en Afganistán y en Estonia. El Congreso entró en pronta confrontación con el Soviet Supremo, cuya defensa del concepto de soberanía estimaba poco calurosa, y durante varios meses padeció una represión más o menos aguda. En lo que parecía un signo de divergencia entre las autoridades republicanas y el nuevo poder que aparecía en la Federación Rusa de la mano de Yeltsin, Chechenia-Ingushetia fue una de las repúblicas rusas que se negó a organizar, en marzo de 1991, el referéndum sobre la institución presidencial.

III. La economía

Hasta la época soviética se hicieron valer en el Cáucaso Norte dos economías: si la primera lo era de subsistencia ganadera, fundamentalmente en las montañas, la segunda se materializaba, en las llanuras más septentrionales, en una agricultura relativamente próspera.

A partir del decenio de 1930 de este siglo, y merced a las políticas estalinianas, se desplegaron en Chechenia-Ingushetia de manera casi simultánea, y en un marco de visible irracionalidad, tres procesos: una acelerada colectivización de la tierra, el desarrollo de una industria estrechamente ligada a la explotación del petróleo y un rápido crecimiento de las ciudades. Así las cosas, se produjo un choque entre el sistema tribal y clánico, por un lado, y la modernización suscitada por la colectivización y la industrialización aceleradas, por el otro. Un signo de los efectos de estas últimas fue, acaso, la relativa liberación de la mujer, participante más o menos activo tanto en la política como en la economía y el sistema educativo.

No es difícil caracterizar la economía chechena de nuestros días. Su sustento principal ha seguido siendo un sector industrial —a finales del decenio de 1980 aportaba un 41% del producto interior bruto, por un 34% de la agricultura y un 11% de la construcción— estrechamente vinculado con los complejos de extracción y refinado de petróleo. Aunque los yacimientos de este último tienen cierta importancia, son patentes el progresivo agotamiento de muchos pozos y la paralela necesidad de acrecentar las inversiones en la explotación; bastará con recordar al respecto que de 21,6 millones de toneladas de petróleo extraídas en 1971 se pasó, veinte años después, a sólo 4 millones. Los complejos de refinado de petróleo conservaban, sin embargo, su importancia, no en vano hacia ellos

se encaminaba una parte significada del petróleo extraído, no sólo en el Caspio, sino también en el Asia central y en la propia Siberia.

Pese a que la industria alimentaria y otras industrias ligeras adquirieron cierto auge en los últimos decenios, Chechenia-Ingushetia fue víctima, como tantos territorios de la vieja URSS, de una especialización en el trabajo que hizo de ella un país absolutamente dependiente en muchos terrenos. Al margen de que el grueso de los beneficios generados por la industria del petróleo no revertía en la república, la crisis tuvo su principal reflejo en el crecimiento del desempleo; en 1991 se estimaba en unos 100.000 —otras fuentes multiplicaban por dos la cifra— el número de parados.

Por lo que a la agricultura y a la ganadería respecta, la primera siguió siendo relativamente próspera, hasta 1991, en los llanos, como lo atestiguan las cosechas de cereales, girasol, caña de azúcar y frutas. La ganadería, fundamentalmente ovina, pervivió, entre tanto, en las zonas montañosas, cuya despoblación —en buena medida producto de las trabas impuestas a partir de 1957 al regreso de los chechenos a las zonas meridionales del país — era, sin embargo, un grave problema.

Muchos de los rasgos de la vida económica tenían buen reflejo en la capital: Grozni. La ciudad, que creció sensiblemente al amparo del desarrollo de la industria del petróleo, conservó pese a ello su condición de mercado de productos agrícolas y artesanales. Fue también el escenario, como otras partes de la república, de graves problemas medioambientales que en momento alguno fueron atajados.

IV. La declaración de independencia de 1991

Los últimos meses de 1991 fueron un momento singular en toda la Unión Soviética. Tras el fracasado golpe de Estado del mes de agosto se acrecentó, de muy diversas formas, el enfrentamiento entre la Federación Rusa, con Yeltsin a la cabeza, y el gobierno soviético presidido por Gorbachov. Para muchos la desaparición de la URSS era inevitable, y con ella el surgimiento de una nueva legalidad. En el marco de ésta empezaba acaso a manejarse un criterio concreto: el reconocimiento de eventuales independencias debía reservarse para las quince repúblicas federadas soviéticas —entre ellas Rusia, Armenia, Azerbaiyán y Georgia—, de tal forma que quedasen excluidos al respecto territorios que, como Chechenia-Ingushetia, tenían un rango político inferior.

Fue el propio fracaso del golpe de agosto lo que abrió el camino a los acontecimientos en Chechenia-Ingushetia. El gobierno 'legítimo' de la república se puso del lado del golpe —bien es verdad que algunas fuentes sugieren que no fue ésa la posición de Zavgáyev—, mientras que el general Dudáyev y el ya mencionado Congreso Nacional del Pueblo Checheno se enfrentaron a aquél. El 15 de septiembre de 1991, con el inicial beneplácito de Moscú, el Congreso Nacional procedió a disolver el Soviet Supremo de la RSSA, destituyó a Zavgáyev, creó un Consejo Supremo Provisional encargado de convocar elecciones y asumió el poder *de facto*. Las elecciones anunciadas se celebraron el 27 de octubre. En ellas Dudáyev obtuvo del orden del 85% de los votos, no sin que faltasen acusaciones de irregularidades en la campaña, de falta de limpieza en el recuento y de baja participación. La independencia fue unilateralmente proclamada por el parlamento checheno el 27 de noviembre, un mes antes de la disolución efectiva de la URSS. El proceso se desarrolló en un marco de evidente ilegalidad —no hubo siquiera un simulacro de referéndum de

autodeterminación— que apenas suscitó reacciones, sin embargo, en un momento de singulares convulsiones.

La respuesta inicial de las autoridades rusas consistió en la imposición de un estado de emergencia, en virtud de un decreto de Yeltsin del mismo mes de noviembre de 1991. La medida, que suscitó reticencias en el Ministerio del Interior de la URSS, fue anulada por el parlamento ruso, tras las reticencias expresadas y la evidencia de que una parte de la población chechena estaba dispuesta a asumir una resistencia militar.

Una de las secuelas de lo ocurrido en octubre y noviembre fue el éxodo de una parte de la población rusa residente en Chechenia-Ingushetia. Las estimaciones sobre el número de ciudadanos rusos que abandonaron la república son, sin embargo, dispares. Según una de ellas, un 15% de los algo más de 300.000 rusos presentes en Chechenia-Ingushetia dejó el país en los meses siguientes. Otras fuentes sugieren que más de la mitad de la población rusa decidió marcharse, mientras que las más aventuradas apuntan que sólo se quedaron, fundamentalmente en Grozni, 60.000 rusos. Parece fuera de discusión, sin embargo, que el gobierno de Dudáyev intentó poner freno al éxodo de los rusos, vitales, entre otras cosas, para mantener en pie la industria petrolífera.

V. La Chechenia de Dudáyev

Es sencillo caracterizar el régimen que, de la mano de Dudáyev, cobró alas en Chechenia-Ingushetia a finales de 1991. El visible apoyo popular recibido por el nuevo presidente —en un fenómeno que recuerda a lo ocurrido al mismo tiempo en Georgia con Gamsajurdia— permitió que se consolidase una dirección autoritaria y personal. En el transfondo de ésta se hallaban al menos tres fenómenos: un pacto con muchos de los dirigentes de los clanes locales, una activa militarización de todas las relaciones y un visible crecimiento del poder de redes mafiosas que operaban tanto dentro como fuera de Chechenia.

Más allá de estas circunstancias es evidente que se abrió camino un ostentoso culto a la personalidad. Baste con citar al respecto un ejemplo anecdótico, como es el relativo a la primera emisión de sellos de la Chechenia independiente: si uno de ellos estaba dedicado a Mansur Ushurma y otro recogía la imagen de Shamil —a ambos nos referimos en su momento—, el tercero reproducía, naturalmente, la de Dudáyev, vestido, eso sí, como general del ejército soviético. Aunque la fuente del comentario no es muy solvente, recordemos, en fin, que en la opinión del durante varios años vicepresidente ruso, Rutskoi, el régimen de Dudáyev se resumía en un concepto sencillo: “Puro y simple bandidismo”.

El primer hito que hay que reseñar, por su importancia a la hora de definir los problemas político-territoriales en la Chechenia independiente, fue la ruptura de lo que hemos conocido con el nombre de ‘república de Chechenia-Ingushetia’. La separación de Ingushetia recibió el visto bueno del Soviet Supremo de la Federación Rusa el 4 de junio de 1992, en lo que parecía un reconocimiento, bien que indirecto, de la nueva realidad chechena. Hubo quien interpretó la decisión, sin embargo, como producto del deseo de restarle peso a la Chechenia independiente. En la capital de

ésta, Grozni, siguió viviendo, por lo demás, el grueso de la intelectualidad ingushetia.

Desde el otoño de 1991 se hizo valer en Chechenia, por otra parte, un intento de consolidación de unas fuerzas armadas propias. Al respecto parece haber sido decisivo lo ocurrido en mayo de 1992: la Federación Rusa firmó con lo que todavía era Chechenia-Ingushetia un acuerdo —curioso acuerdo, por cierto, con una entidad política a la que se negaba reconocimiento— en virtud del cual se preveía la retirada de los contingentes militares rusos y una distribución, a partes iguales, de los arsenales que se hallaban sobre el terreno. A la postre, y por lo que parece, todas las armas se quedaron, de hecho, en Chechenia.

Al margen de lo anterior, el régimen de Dudáyev consiguió proveerse de armas procedentes de varias de las repúblicas del Cáucaso norte y, acaso, también de Armenia, Azerbaiyán y Georgia. Diferentes fuentes apuntan que, de forma clandestina, el gobierno de Grozni adquirió armamento en la propia Federación Rusa. Conforme a una estimación, en el otoño de 1994 Chechenia contaba nada menos que con un par de centenares de aviones —la mayoría, bien es cierto, no operativos—, unos cincuenta carros de combate, un centenar de piezas de artillería, una quincena de piezas antiaéreas y un par de helicópteros. El estado del arsenal a disposición de las autoridades chechenas dejaba, por lo que parece, mucho que desear, y no faltaban tampoco graves problemas —sorprendentes, por lo demás, dado el escenario— de abastecimiento de combustible. A partir del otoño de 1991 Dudáyev se encargó de movilizar, por otra parte, a todos los varones con edades comprendidas entre los 15 y los 55 años. Según las diferentes fuentes, el efecto fue la movilización de entre 30.000 y 60.000 hombres. Muy probablemente, incluso la segunda de estas cifras se vio superada, a partir de diciembre de 1994, tras la acción militar rusa.

En un plano distinto, desde 1991 Chechenia vivió inmersa en una permanente crisis política, cuyo signo más claro fue una confrontación abierta entre el presidente y el parlamento. El Congreso Nacional del Pueblo Checheno experimentó sucesivas divisiones, en las que a menudo podían rastrearse disputas relativas al destino de los beneficios obtenidos por la venta y el refinado de petróleo. De resultas de la confrontación que

nos ocupa, en abril de 1993 Dudáyev disolvió el parlamento e instauró una severa censura, circunstancias ambas que propiciaron la configuración de una oposición de perfiles asentados. En ella se dieron cita algunos de los jefes de los clanes tradicionales, ex funcionarios de la época soviética y una parte de la intelectualidad. Los dirigentes más significados de esa oposición eran Omar Avturjánov —otrora funcionario del Ministerio del Interior, operaba desde su feudo en el distrito septentrional de Nadterechni—, Ruslán Labazánov —antiguo capitán de la guardia presidencial, que ejerció su influencia desde Urús-Martán—, Yaragui Mamodáyev —responsable del llamado 'gobierno de confianza nacional'—, Beslán Gantemírov —ex alcalde de Grozni y muy próximo, antes, a Dudáyev— y, ya en 1994, Ruslán Jasbulátov, durante varios años presidente del Soviet Supremo de la Federación Rusa y enfrentado con Yeltsin tras la disolución del citado Soviet por éste en septiembre-octubre de 1993. Por lo que parece, de todas las figuras mencionadas sólo Avturjánov veía con buenos ojos el empleo de la fuerza para derrocar a Dudáyev. Por lo demás, entre ellas había notorias diferencias de proyecto político: así, mientras unos consideraban irrenunciable la independencia de Chechenia, otros veían con buenos ojos la integración, con un estatuto especial, en la Federación Rusa. Conviene no olvidar que la oposición que nos ocupa fue visiblemente instrumentalizada, en diversos momentos, desde Moscú.

Por lo que a la situación económica se refiere, desde 1991 Chechenia vivió en una perpetua zozobra. El caos pareció extenderse al compás de reducciones dramáticas en los niveles de producción, de obstáculos al comercio con el exterior y de una notoria escasez de productos. En modo alguno prosperaba la demanda general que las autoridades chechenas realizaban a la Federación Rusa: la restitución de los recursos, fundamentalmente el petróleo y el gas, que en su momento substrajo. La primera explicación de la crisis era simple: Chechenia dejó de percibir las sumas que le asignaban los presupuestos, primero de la URSS y más adelante de la Federación Rusa. Así las cosas, salarios, pensiones y calefacción se vieron reducidos a poco más que la nada.

A lo anterior se sumaron, claro, los efectos del bloqueo económico con que la Federación Rusa acabó por obsequiar al secesionismo checheno. Es

verdad, sin embargo, que ese bloqueo no fue nunca pleno y que por momentos pareció como si las relaciones se normalizasen. Mencionemos dos datos que dan cuenta de esta realidad: por un lado, el gobierno ruso decidió bloquear el aeropuerto de Grozni el 5 de septiembre de 1992, pero al mismo tiempo anunció su deseo de mantener en vigor la medida tan sólo hasta el último día de ese año; por el otro, hubo que aguardar a septiembre de 1994 para que la Federación Rusa bloquease de forma efectiva las comunicaciones ferroviarias con Chechenia.

Hay quien sostiene que la crisis de la industria del petróleo no era tanto el producto de un bloqueo que en la realidad no era pleno, como la consecuencia de la penuria general —no siempre relacionada con aquél— de repuestos y sustancias químicas, y del voluntario abandono del país por muchos técnicos rusos. En los hechos, en la primera mitad de 1994 se había permitido que Chechenia exportase 200.000 toneladas de crudo (un volumen ciertamente muy inferior al común antes de 1991). En paralelo, las refinerías de Grozni seguían trabajando, si bien el volumen de petróleo tratado se había reducido, de nuevo, significativamente: de 15 millones de toneladas de petróleo bruto refinadas en 1991 se había pasado dos años después a sólo 3,5 millones. Como quiera, eso sí, que el petróleo checheno no podía servirse de la red de oleoductos de la Federación Rusa, la mayor parte de las exportaciones efectivas se dirigían —con inequívoca tolerancia rusa— a las repúblicas del Cáucaso norte y a la vecina provincia de Stávropol. El bloqueo, por lo demás, tenía algún efecto negativo sobre la economía rusa; al respecto se han señalado, por ejemplo, los problemas derivados del casi monopolio del que disfrutaba Chechenia en lo relativo a la producción de aceites lubricantes para aviones.

Otro elemento decisivo en la configuración de la realidad económica lo fue el notorio peso alcanzado por las redes mafiosas. La actividad de estas últimas mitigó, a buen seguro, muchos de los efectos del incierto embargo de Moscú. Ella Panfílova, diputada en la Duma rusa y miembro del partido ‘Opción de Rusia’, apuntó en su momento que “a través de los clanes mafiosos chechenos, sumas gigantescas han llegado a los bolsillos de altos funcionarios rusos”.

VI. Disputas etnoterritoriales y relaciones externas

En el convulso período que media entre 1991 y 1994 no faltaron en Chechenia contenciosos relativos a la delimitación de las fronteras. En sustancia esos contenciosos se reducen a cinco. El primero de ellos fue el problema de Ingushetia, medianamente resuelto, como ya hemos apuntado, en junio de 1992, al producirse la separación entre Chechenia e Ingushetia.

Las demandas de creación de distritos autónomos desplegadas por los cosacos terek, y de manera más singular por los cosacos de la comarca de Sunyenski, configuraron una segunda fuente de problemas. Esas demandas sirvieron para canalizar, también, algunas de las presiones desestabilizadoras ejercidas por la Federación Rusa.

Deben citarse, en tercer lugar, las disputas territoriales, en el este, con la vecina Daguestán: un grupo checheno, los ajin, disputaba con los ávaros, una de las tribus más importantes de Daguestán, el control de un territorio que fue colocado dentro de esta república en 1944 y que antes correspondía a Chechenia-Ingushetia. En febrero de 1992 soldados chechenos colocaron los mojones fronterizos en el lugar que ocupaban en 1944. Los ajin mantenían también un contencioso con otra tribu, los kumikos, en la comarca de Novalakski, situada en la frontera checheno-daguestana; en abril de 1992 se registraron incidentes al respecto.

El cuarto problema territorial era el de los Nogai, que pujaban por obtener una república propia dentro de la Federación Rusa y que, para ello, reclamaban territorio en el nordeste de Chechenia (también planteaban reivindicaciones con respecto a territorios de Daguestán y de la provincia de Stávropol).

En quinto y último lugar deben reseñarse los enfrentamientos, de diferente entidad, registrados en la república centroasiática de Kazajstán

entre población local y descendientes de los ciudadanos chechenos deportados en 1944.

Por lo que a las relaciones externas de la Chechenia de Dudáyev se refiere, la configuración de una Ingushetia autónoma se vio acompañada, al poco, de un conflicto abierto entre ésta y Osetia del Norte, y de un paralelo incremento de la presencia militar rusa, por fuerza amenazante para Chechenia, en el conjunto del Cáucaso norte. Una periodista de *Izvestia*, Irina Dementieva, apuntó en enero de 1994 que las inyecciones de dinero avaladas por el gobierno ruso en Osetia del Norte —su principal baluarte local— eran mayores que las realizadas en el inmenso conjunto configurado por Bachkortostán, Buriatia, Carelia, Daguestán, la región de Irkutsk, Kabardino-Balkaria, Calmuquia, la península de Kamchatka, Marii-El, Sajá, Tartaria y Tuvá.

Otro elemento de relieve fue el visible apoyo dispensado por el régimen de Dudáyev, desde finales de 1991, al presidente georgiano Gamsajurdia, quien a la postre encontró un provisional refugio en Chechenia. Una vez desplazado Gamsajurdia por Shevardnadze, en agosto de 1992 Chechenia apoyó militarmente a los nacionalistas abjazios en su lucha contra el gobierno georgiano. En paralelo, el régimen checheno asumió diversos esfuerzos encaminados a crear estructuras comunes al conjunto del Cáucaso norte. Entre ellas la principal fue sin duda la ya mencionada Confederación de Pueblos Montañeses del Cáucaso (CPMC), buena parte de cuyos intereses se orientaron a crear una república que integrase, en particular, a Abjazia —hoy en Georgia—, Chechenia, Ingushetia, Kabardino-Balkaria, Karachai-Cherkessia y Osetia del Norte. El objetivo de esa república, que en más de un sentido recordaba a la existente en la región a principios del decenio de 1920, no sólo parecía estribar en contrarrestar la presumible presión rusa y, al menos en el caso de Abjazia, la ejercida por la Georgia de Shevardnadze. También se hallaba de por medio un designio de preservar la riqueza que, en materias primas, caracterizaba a la región y, en ciertos casos, el propósito de mitigar los efectos de algunas de las reformas económicas auspiciadas desde Rusia. Es verdad, sin embargo, que con el paso del tiempo la CPMC pareció moderar sus demandas y, en particular,

no le hizo ascos a la perspectiva de una integración en una Rusia entendida a la manera de una ‘confederación de repúblicas’.

Al margen de todo lo anterior, por último, hay que recordar que Chechenia se automarginó de todos los pactos internos suscritos en la Federación Rusa. No participó, en particular, en el referéndum constitucional y en las elecciones generales rusas celebrados en diciembre de 1993.

VII. La política nacional de la Federación Rusa

Muchas han sido las oscilaciones que ha experimentado la política nacional de la Federación Rusa. Antes de la independencia de la propia Federación, su ya entonces presidente, Yeltsin, no dudaba en animar a las repúblicas y regiones que la integraban para que asumiesen cuanta soberanía estuviese al alcance de su mano. Una vez disuelta la URSS, en diciembre de 1991, las cosas cambiaron. Así, en los momentos de crisis aguda —la efímera instauración de un gobierno presidencial directo en marzo de 1993, la disolución del parlamento en septiembre-octubre del mismo año— se hizo evidente que Yeltsin mostraba escaso respeto por las potestades de repúblicas y regiones. El proceso podemos resumirlo en cuatro grandes ideas, alguna de ellas concretada de forma específica en la realidad del Cáucaso norte.

Por lo pronto, a partir de 1991 se hicieron sentir signos de una visible voluntad de control por parte del ‘centro’ moscovita. Así, por ejemplo, Yeltsin procedió a nombrar, en las diferentes estructuras de poder territorial, representantes presidenciales encargados de garantizar la compatibilidad entre la legislación local y la estatal. Les otorgó la potestad, además, de destituir a funcionarios que mostrasen una eventual oposición al presidente. En el mismo plano, se procedió a designar ‘jefes de administración’ llamados a actuar como auténticos gobernadores regionales. Con nombramientos como éstos era difícil dar crédito a la idea de que el presidente imponía estructuras más democráticas que los soviets que parecía empeñado en disolver: el objetivo era, visiblemente, controlar y descabezar oposiciones, y en modo alguno se trataba de democratizar estructuras marcadas por el viejo juego burocrático. En particular, la decisión de propiciar elecciones ‘locales’, anunciada en el otoño de 1993, respondía al deseo —que a la postre no se satisfizo, toda vez que se

impusieron muchos de los dirigentes de siempre— de alentar cambios en la dirección de las instituciones que nos ocupan.

En segundo lugar, en su reyerta con el Soviet Supremo ruso, Yeltsin decidió apoyarse en los poderes republicanos, a los que prometió nuevas atribuciones. Al respecto garantizó, en principio, que las repúblicas conservarían potestades claramente superiores a las de las regiones (al aportar el grueso de los ingresos del Estado, éstas reclamaban una homologación de derechos con aquéllas). El proyecto de Constitución que se discutió en el verano de 1993 describía como soberanas a las repúblicas y reconocía a sus habitantes una ciudadanía propia. Una y otra condición desaparecieron, sin embargo, cuando en noviembre del mismo año vio la luz la Constitución que sería aprobada en diciembre en un semifraudulento referéndum. Además, la Constitución refrendada era muy ambigua en lo que se refiere a la delimitación de las atribuciones respectivas del centro, por un lado, y de los poderes republicanos y regionales, por el otro.

Para explicar por qué semejante olvido de los compromisos adquiridos no condujo a una rebelión de los poderes republicanos y regionales probablemente hay que invocar dos razones. En un caso concreto singularmente conflictivo, el de Tartaria, la Federación Rusa se avino a negociar un controvertido acuerdo que provisionalmente mitigó las tensiones. En los demás, la explicación fundamental remitía tal vez al caos imperante: las autoridades republicanas asumían por su cuenta y riesgo derechos y prerrogativas formalmente negados por la Constitución de 1993.

Buena parte de las declaraciones de los portavoces gubernamentales señalaban, en tercer lugar, que las políticas de la Federación Rusa, en el Cáucaso norte como en otros lugares, aspiraban a defender los derechos de los rusos residentes fuera del territorio de la Federación. Aunque en el conflicto de Chechenia este argumento no fue invocado en demasía, conviene no olvidar que en el Cáucaso norte se hace sentir la presencia de dos ‘tipos’ de rusos: por un lado, quienes llegaron a la región en los últimos decenios, para trabajar en la industria y por lo general con residencia en las ciudades; por el otro, los cosacos, descendientes de los conquistadores del XVIII que conservan costumbres ancestrales y que, ya lo hemos señalado, han planteado algunas demandas a las autoridades chechenas.

En el Cáucaso norte se han registrado, en suma, vivas protestas por efecto de algunos de los proyectos de reforma económica avalados por las autoridades rusas. Según la visión de muchos dirigentes caucasianos, esos proyectos —y en particular los que hacían referencia a la propiedad de la tierra en las zonas rurales— estaban llamados a generar inmediatas tensiones de carácter étnico, circunstancia que el gobierno ruso, en una arbitrariedad más, parecía no haber tomado en consideración.

Como es fácil comprender, elementos como los que acabamos de manejar configuraban, y configuran, un mal antecedente para una resolución equilibrada de los problemas: la política nacional de la Federación Rusa apuntaba de forma cada vez más clara a una centralización sin concesiones.

VIII. Las causas de la acción militar rusa de diciembre de 1994

En el verano de 1994 la realidad de Chechenia podía resumirse del siguiente modo: aunque la Federación Rusa no había reconocido *de iure* al régimen de Dudáyev, se acumulaban los datos que daban cuenta de un eventual reconocimiento *de facto* de la independencia chechena. La Federación Rusa, en particular, no había actuado militarmente, había retirado, en la primavera de 1992, sus fuerzas armadas y no parecía haberse tomado demasiado en serio, durante largos meses, el embargo económico que en su momento había decretado. El Soviet Supremo de la Federación Rusa apenas había prestado atención, en fin, a la secesión chechena.

Tras el fracaso de una improvisada toma de Grozni en el otoño de 1994, el ministro de Defensa ruso, Grachov, rechazó en varias oportunidades el recurso a la fuerza para resolver el contencioso checheno. Muchas fuentes parecían estimar que la vía del estrangulamiento económico, entonces más hacedera, estaba llamada a acabar, antes o después, con Dudáyev. Pese a ello, y de manera sorpresiva, el 11 de diciembre de 1994 el ejército ruso entró en Chechenia con el visible propósito de poner fin al régimen instaurado en el otoño de 1991.

Ninguna duda razonable existe con respecto a un hecho: la decisión de actuar militarmente en Chechenia fue adoptada por el poder civil en Moscú. Acaso, y pese a las apariencias, no fue muy grata para las fuerzas armadas, que en su acción exhibieron, de cualquier modo, una notoria improvisación. La operación no fue en forma alguna un paseo militar —como parecía pensar el ministro de Defensa ruso cuando anunció que la toma de Grozni era tarea de un par de horas para un destacamento de paracaidistas— y encontró una mayor resistencia de la esperada. Al poco se hicieron evidentes varias circunstancias: el crecimiento del número de bajas por ambos bandos, la extensión del conflicto, la destrucción de núcleos de

población enteros y un grave riesgo de catástrofe ecológica. Las autoridades rusas mostraban una notoria falta de previsión con respecto a tres horizontes: una futura administración militar, una eventual resistencia guerrillera y una posible extensión del conflicto a otros lugares del Cáucaso norte.

Difícilmente se puede entender la acción militar rusa en Chechenia si sólo se toman en consideración los datos que dan cuenta de la situación en ese pequeño territorio. La acción militar respondió, antes bien, a los avatares de la vida política propia, y a los intereses generales, de la Federación Rusa. Al respecto pueden mencionarse los siguientes factores.

a) En un momento en el que en la Federación Rusa empezaba a cobrar alas, con claridad, un discurso imperial, era difícil imaginar que Chechenia mantuviese su relativa independencia. Ello resultaba tanto más evidente cuanto que los signos de progreso de ese discurso se hacían sentir de dos formas: en términos de nombramientos de personas —así, entre los colaboradores más directos de Yeltsin y en la cúpula de las fuerzas armadas — y en términos de actuaciones contundentes en escenarios como Georgia, Moldavia o Tayikistán.

b) El gobierno ruso, con Yeltsin a la cabeza, pareció recurrir a un procedimiento muy común en la Europa central y oriental contemporáneas: la búsqueda de enemigos externos en la confianza de que la población olvidaría sus problemas económicos y sociales, que como se sabe no eran precisamente menores. Chechenia, en particular, era una carta interesante que podía ser empleada en un escenario en el que día tras día el gobierno ruso prometía crecimiento económico y estabilidad financiera sin que ni uno ni otra se hiciesen valer en la realidad.

c) Varios condicionantes ‘geoestratégicos’ y ‘geoeconómicos’ pudieron ejercer también su influencia. Así, el Cáucaso norte es hoy la frontera meridional de Rusia con países muy conflictivos, y de manera más genérica con el Islam. Al respecto es evidente que a Moscú le interesa reforzar una frontera que por el momento se halla livianamente sustentada en una alianza, no exenta de fisuras, con tres territorios ‘cristianos’: Armenia, Georgia y Osetia del Norte. Es ilustrativo que desde 1992 las fuerzas armadas rusas pusiesen todo su empeño en apuntalar su presencia en dos

escenarios: el Cáucaso norte y los Urales. A lo anterior se agregaban algunos datos económicos de relieve. Uno de ellos era la importancia, bien que relativa, de la producción petrolera de Chechenia. El otro obligaba a recordar que por el territorio de esta última pasan oleoductos y gasoductos de valor innegable, así como el propio ferrocarril transcaucasiano.

d) Otra de las razones de la acción rusa bien puede haber sido el designio de poner freno a una eventual extensión del ejemplo checheno a todo el Cáucaso norte. Por detrás se encontrarían, además, otros objetivos. Uno de ellos estribaría en dejar claro qué es lo que esperaba a quienes decidiesen seguir la vía chechena (algo inicialmente imaginable en casos como los de Bashkortostán, Sajá, Tartaria y varias de las repúblicas del Cáucaso norte). Otro consistiría en poner sobre aviso a quienes pudiesen sentir la tentación de plantear reivindicaciones sobre territorios hoy en manos de la Federación Rusa (así, Estonia o, en lo que a las aguas del Caspio se refiere, Azerbaiyán y Kazajstán). Tal y como lo señalaron dos periodistas de *Moskóvskiye nóvosti*, se trataría de "cerrar la puerta con energía suficiente como para que vibren los cristales de los vecinos". Es verdad, con todo, que esta explicación olvida que durante los tres años iniciales del proceso de independencia de Chechenia ningún agente de la Federación Rusa optó por seguir un camino semejante, algo que a buen seguro resta algún peso a esta tesis de la 'ejemplarización'.

e) Con arreglo a determinadas lecturas, detrás de la acción bélica en Chechenia estaría también el propósito de hacer olvidar el fracaso de las operaciones militares que a partir de septiembre de 1994 desplegó la oposición chechena con visible apoyo de Moscú. Esas acciones confluyeron, no se olvide, en un estruendoso fracaso: el intento de ocupación de Grozni realizado el 26 de noviembre de 1994. Es cierto que esa acción militar suscitó también otra interpretación: a su amparo Moscú habría provocado, deliberadamente, el fracaso de la operación con el propósito de desacreditar a la oposición chechena, desprenderse de ésta y abrir el camino a la intervención de diciembre.

f) Hay quien piensa, en fin, que la influencia de las mafias —y entre ellas las militares— en la toma de decisiones en Rusia es tal que a duras penas puede explicarse lo ocurrido sin calibrar los acuerdos subterráneos

presuntamente suscritos, en 1991, por las mafias rusas y la dirección chechena. Las mayores exigencias planteadas, el verano de 1994, por las primeras habrían sido rechazadas por Dudáyev, circunstancia que al poco habría suscitado una mayor presión militar rusa. En el mismo plano hay que recordar que en noviembre de 1994 aparecieron en los mercados de valores occidentales las primeras acciones de los complejos chechenos de producción de petróleo y gas natural. De acuerdo con una versión de los hechos, la conciencia de que Chechenia escapaba de forma efectiva al control de las autoridades —y de las mafias— rusas provocó un endurecimiento en la estrategia de Moscú, que abandonó las presiones 'políticas' en provecho de acciones francamente militares. Datos como los anteriores remiten por fuerza a una formidable fusión de intereses, en Rusia, entre gobierno y mafias.

IX. La guerra de 1994-1996 y la crisis política en Rusia

Las acciones militares rusas —que generaron un número muy alto de refugiados civiles que buscaron cobijo en las vecinas Daguestán, Ingushetia, Kabardino-Balkaria y Osetia del Norte— fueron, de cualquier modo, un manifiesto fracaso. Aunque en marzo de 1995 parecía que Moscú se salía con la suya, pronto se hizo evidente que la guerrilla chechena, con Dudáyev a la cabeza, mantenía una férrea resistencia en las montañas del sur y asumía operaciones en el resto del territorio de la república. Al mismo tiempo se revelaban la incapacidad de la Federación Rusa para generar una alternativa creíble y el escaso compromiso del Kremlin con sus propias promesas. Bastará con recordar al respecto que el enviado especial de Yeltsin, Arkadi Volski, sugirió en 1995 que si en las elecciones presidenciales y generales chechenas que habían de celebrarse en diciembre del mismo año las opciones independentistas salían triunfantes la Federación Rusa examinaría la posibilidad de reconocer la independencia. Las elecciones se desarrollaron en un magma de irregularidades —pudieron votar, por ejemplo, los soldados del contingente ruso de ocupación—, dieron increíblemente el triunfo —no se impuso en ningún otro lugar— al partido del entonces primer ministro Chernomirdin y auparon a la presidencia de Chechenia a Zavgáyev, que se hizo nada menos que con un 95% de los votos.

Del lado de la resistencia chechena no faltaron, por otra parte, acciones de secuestro de personas como las protagonizadas por Shamil Basáyev en junio de 1995 en Budiónnovsk (provincia de Stávropol) o por Salmán Radúyev en enero de 1996 en Kizliar (Daguestán), seguida ésta al poco por el secuestro, de nuevo, de un barco de pasajeros en el mar Negro. El escenario bélico checheno experimentó dos sacudidas, por lo demás, en la primavera de 1996. La primera la aportó, en abril, la muerte de Dudáyev,

víctima de un misil ruso. Su sucesor, Yandarbíev, se mostró más propicio a la negociación. La segunda no fue sino una consecuencia de la proximidad de las elecciones presidenciales rusas de junio, que hizo que arreciasen en Moscú las propuestas de paz. El acuerdo suscrito al respecto en mayo —sin duda fortaleció la imagen electoral de Yeltsin— implicaba un alto el fuego y un compromiso de organización de un referéndum sobre el status final de la república. En lo que era una ilustración más de la nula voluntad de Moscú en lo que atañe a la satisfacción de compromisos, días después de la celebración de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, y con Yeltsin ratificado como presidente, el ejército ruso asestó en julio un nuevo ataque en Chechenia. Fue, sin embargo, un espectacular fracaso, no en vano al cabo de unas horas la resistencia chechena se hizo con el control de Grozni.

Todo lo anterior generó, desde el mismo mes de diciembre de 1994, una aguda crisis política en Rusia. Yeltsin encontró la oposición de fuerzas que tradicionalmente lo habían apoyado, circunstancia que lo colocó en una tesitura delicada. Entre tanto, el único apoyo firme recibido por las acciones militares lo proporcionó el Partido Liberal Democrático de Yirinovski. Claro que los acontecimientos de Chechenia revelaron también signos de fisura en las fuerzas armadas, bien ilustrados por las críticas vertidas por figuras como Grómov y Lébed, por la decisión del general Bábichev de no obedecer, en las jornadas iniciales de la intervención rusa, las órdenes recibidas y por las dimisiones de los también generales Voroviov y Poliakov. En la cúpula militar se hacían valer opiniones dispares: si unos cuestionaban la pertinencia de asignar a las fuerzas armadas cometidos propios de los aparatos policiales, otros aceptaban de buen grado un papel protagónico en la ‘resolución’ de problemas que evidentemente preocupaban.

La recepción de la crisis chechena en la Federación Rusa puso de manifiesto que al menos en las grandes ciudades eran minoría quienes respaldaban las acciones militares. Claro que no se trataba de que la opinión pública aceptase, por convencimiento y liberalidad, la independencia de Chechenia. El objetivo era desprenderse, con innegable desprecio y xenofobia, de un territorio cuyos habitantes habían sido sistemáticamente

satanizados. Un elemento central en la propaganda gubernamental —la identificación entre chechenos, mafias y terrorismo— produjo acaso un efecto contrario al deseado: si la identificación reseñada era veraz —parecían pensar muchos rusos—, mejor que los chechenos tuviesen un Estado propio y no se moviesen a sus anchas.

X. Del acuerdo de paz de 1996 a la guerra de 1999

El fracaso de la ofensiva de julio de 1996 dejó el camino expedito en agosto a la firma de un acuerdo que en este caso se vio avalado, del lado ruso, por el ex general Lébed. El acuerdo, llamado de Jasaviurt, guardaba semejanza con el suscrito por Yandarbíev en la primavera. Lo componían cuatro compromisos: un alto el fuego duradero, la retirada de los contingentes militares rusos —concluyó el 29 de diciembre— y el progresivo desarme de las milicias chechenas, la apertura de un período de cinco años de duración —hasta el 2001— que debía permitir la normalización de la vida chechena en todos los ámbitos y, en fin, la instauración de un procedimiento en virtud del cual las partes debatirían si Chechenia permanecería en la Federación Rusa o, por el contrario, podría asumir el camino de la independencia.

El acuerdo vio la luz en un escenario marcado por la derrota militar rusa, algo que por fuerza alimentaba la idea de que a su través el Kremlin reconocía el posible horizonte de la secesión. En adelante Chechenia vivió en los hechos como si de un Estado independiente se tratase, de tal suerte que Moscú apenas ejerció influencia alguna en el derrotero de los acontecimientos. Ni siquiera se vieron confirmados los pronósticos que señalaban que el propósito de las autoridades rusas era inundar Chechenia de ayuda económica con la vista puesta en que los habitantes diesen la espalda a la secesión: la ayuda no se hizo valer por parte alguna.

Para debilitar aún más la posición rusa, las elecciones celebradas en Chechenia en enero de 1997 otorgaron clara primacía a las opciones independentistas, si bien es cierto que la mejor parada de entre éstas fue la relativamente moderada encabezada por Aslán Masjádov, quien recibió, por lo que parece, el respaldo de algunos de los propios partidarios de Moscú, como Zavgáyev y Jasbulátov. Bajo la dirección de Masjádov, que al poco se convirtió en presidente de la república, los problemas estuvieron, de

cualquier modo, a la orden del día. Si, por un lado, la situación económica no mostraba signos de recuperación, por el otro menudearon las tensiones con el parlamento —éste fue disuelto— y con sectores sometidos a la influencia del integrismo islámico. El más claro de los signos de esta última tensión fue la confrontación entre Masjádov, de un lado, y quien había sido efímero vicepresidente del país, Shamil Basáyev. De resultas de todo lo anterior, y en la opinión de Serguéi Kovaliov, el activista pro derechos humanos que con mayor claridad ha contestado la política rusa en Chechenia, "Masjádov no pudo luchar contra la herencia de brutales y salvajes tradiciones del Cáucaso, contra los secuestros, la compraventa de esclavos y las torturas. Si Masjádov se hubiese atrevido a enfrentarse a esa situación, habría tenido [en Chechenia] un apoyo masivo". Aun con todo lo anterior, la vida en Chechenia era relativamente plácida y parecía aproximarse sin mayores problemas el decisivo año 2001.

El panorama cambió decisivamente en agosto de 1999, cuando una guerrilla wahabita se desplegó en la vecina Daguestán, bajo la dirección del mencionado Basáyev y con el enunciado propósito de acelerar la configuración de una república islámica en el Cáucaso norte. Las acciones de la guerrilla se vieron acompañadas al poco por varias bombas que, colocadas en edificios moscovitas, provocaron centenares de muertos. No se han desvanecido las dudas con respecto a la autoría de esos atentados. Mientras el Kremlin los atribuyó a los resistentes islámicos, no faltaron los analistas que vieron la mano de los servicios de seguridad rusos, deseosos de facilitar en la opinión pública un cambio propicio —se produjo inmediatamente— al despliegue de acciones militares en Chechenia. El cambio afectó también, por cierto, a la posición de los principales partidos: si en 1994 la casi totalidad de las fuerzas presentes en el parlamento se habían opuesto a las acciones militares —acaso sería más razonable sugerir que habían cuestionado la escasa eficacia de la intervención rusa, y no el sentido de fondo de una política canceladora del experimento independentista checheno—, en el otoño de 1999 sólo una fuerza de relieve, Yábloko, optó con claridad por reclamar un alto el fuego, lo que remitía a la conclusión de que también en el espectro político ruso existía un general

consenso en apoyo de las acciones militares ‘contra el terrorismo checheno’.

El 1 de octubre de 1999 Rusia invadió Chechenia con el evidente propósito de cancelar los efectos del acuerdo de 1996 y dar por zanjada la secesión iniciada en 1991. Significativo resulta al respecto que los dirigentes rusos se negasen a asumir cualquier tipo de negociación con Masjádov y optasen obscenamente por el uso de la fuerza. En el momento en que estas líneas se escriben, las fuerzas armadas rusas han ocupado el grueso de las zonas septentrionales del país y han cercado de manera significativa Grozni, al tiempo que han generado un masivo flujo de refugiados camino de la vecina Ingushetia (en los hechos, Chechenia parece encontrarse semivacía de población, no en vano alguna estimación ha llegado a la conclusión de que en su territorio malvive hoy lo que se antoja una cuarta parte de los habitantes censados un decenio atrás). Parece fuera de duda que, de nuevo, los derechos humanos más básicos han sido violentados en una campaña que remite con claridad a un genocidio. En la visión de los estrategas rusos, todos los chechenos parecen ser ‘terroristas’. Queda por saber cuál de los dos grandes sectores hoy presuntamente enfrentados en Rusia —el de los duros, partidarios de aniquilar toda resistencia, o el de los blandos, conscientes de la catástrofe de 1995-1996 y recelosos acaso de la llegada del invierno— se saldrá con la suya. No parece sencillo, de cualquier modo, que la resistencia chechena dé su brazo a torcer, y mucho más fácil se antoja que el ejército ruso empiece a experimentar reveses si decide aproximarse a las zonas montañosas del sur. Entonces tendremos tal vez la oportunidad de comprobar cómo la repentina popularidad del primer ministro Putin se desvanece de la noche a la mañana y, ojalá, despunta una crisis semejante a la padecida por los militares argentinos tras el fracaso de su aventura en las Malvinas.

Claro es que algunos analistas han sugerido que Rusia podría contentarse con el control de las zonas llanas septentrionales en las que, no se olvide, se encuentran Grozni —con su ingente capacidad de refinado de petróleo, y ello aunque cabe suponer que las instalaciones correspondientes se han visto seriamente dañadas— y la casi totalidad de los yacimientos de la misma materia prima energética. Conforme a esta realidad, esos mismos

analistas entienden que en Rusia se estaría sopesando la posibilidad de una partición de Chechenia que dejase provisionalmente en manos de la resistencia la parte meridional —de escaso relieve geoeconómico— del país, sobre la base de un modelo que por fuerza tiene que recordar lo ocurrido en Bosnia-Hercegovina en 1995 y, quizás, lo que se halla en ciernes en Kosova. Semejante proyecto se asentaría, en otra de sus dimensiones, en la consolidación, bajo estricto control ruso, de los territorios cosacos del norte de la república.

XI. Una conclusión rápida

El carácter del régimen de Dudáyev era el único argumento sólido en que podía apoyarse la sangrienta operación militar desplegada por la Federación Rusa en 1994. La satanizada figura de Dudáyev no era al respecto muy diferente, sin embargo, de la de un Yeltsin que apostaba con descaro por fórmulas autoritarias, ignoraba el principio de división de poderes y optaba por reforzar los cometidos y capacidades de los aparatos de seguridad y de las fuerzas armadas.

Pero, al margen de lo anterior, la mayoría de los datos se volvían contra Rusia y obligaban a cuestionar su conducta. Por lo pronto, parecía irrelevante el principal de los argumentos aducidos por Moscú: el que remitía al carácter unilateral, y no ajustado a derecho, de la declaración de independencia de Chechenia. En el escenario checheno se han hecho notar muchas unilateralidades previas, y entre ellas una conquista militar, la rusa, realizada siglo y medio atrás; la posterior ratificación, tras 1917, de la vieja lógica imperial, o la masiva deportación de chechenos operada en 1944. Por si poco fuera, a las puertas del conflicto actual está una decisión unilateral más: la que en 1991 dio en reconocer a las repúblicas federadas soviéticas un derecho a la independencia que se negó a entidades que, como Chechenia, tenían un rango menor. Si artificial era el Estado soviético, semejante distinción tenía que resultar inevitablemente caprichosa.

Pero es que, además, las autoridades rusas ensamblan los datos a capricho. Es fácil impugnar el procedimiento desplegado en el otoño de 1991 por las autoridades chechenas. Pero no podemos olvidar que muchas de las decisiones de Dudáyev recibieron un inicial respaldo de Moscú. Esto aparte, el gobierno ruso no estaba en posición de dar lecciones de democracia: la propia independencia de la Federación Rusa no se asentó en un previo referéndum de autodeterminación. Y, puestos a ser exigentes,

habría que preguntarse cuáles han sido los asientos legales del embargo económico y de las acciones armadas que han tenido a Chechenia como víctima en los últimos meses. Qué no decir, en fin, de la decisión postrera de tirar por la borda el acuerdo de paz suscrito en agosto de 1996.

Si se quiere ahondar aún más en heridas y contradicciones, hay que recordar que Moscú desplegó en 1992 en Moldavia el mismo procedimiento que rechazaba en el caso de la Chechenia de Dudáyev: la secesión unilateral de un territorio, entonces la llamada 'república del Transdniestr', que con arreglo a lo pactado en diciembre de 1991 se encontraba inequívocamente bajo soberanía moldava.

En el caso de la propia Federación Rusa se ha verificado en los últimos años un evidente pulso para recuperar, en la arena internacional, el terreno perdido. En la Federación Rusa se está produciendo un claro renacimiento de un discurso imperial que aparece adobado de perfiles militares y autoritarios. Los signos del proceso que nos ocupa se manifiestan en el interior de la Federación —auge de proyectos centralizadores, acción militar en Chechenia—, en el ámbito de la CEI —asunción de un auténtico derecho de injerencia del que hay signos en Georgia, Moldavia y Tayikistán; presiones sobre Ucrania— y en otros muchos escenarios internacionales —respaldo a las autoridades serbias, freno a los acuerdos de control de armamentos— en los que la colaboración occidental ha sido, sin duda, decisiva. Las cosas así, es preciso asumir un doble rechazo, que debe afectar tanto a las políticas rusas como a las eventuales provocaciones occidentales. En la periferia de la vieja Unión Soviética, muchas gentes han tenido ya la oportunidad de comprobar, de cualquier modo, qué es lo que significan la soberanía y la independencia cuando el gigante del norte se coloca de por medio.

Agreguemos que, como en tantos escenarios, las potencias occidentales han demostrado no estar a la altura. Las ofensivas rusas se han desarrollado, en 1994 como en 1999, en medio del silencio, cuando no la complacencia, del mundo occidental. Al respecto la argumentación más manida ha sido la que ha subrayado el carácter de 'asunto interno' del contencioso checheno. Las cosas así, Occidente ha dado alas a unas operaciones que no sólo han puesto de manifiesto la inexistencia, en la Federación Rusa, de un marco

legal concesivo y el rechazo, por Yeltsin, de una eventual vía negociadora, sino que se han caracterizado, también, por el empleo de una violencia indiscriminada que ha ocasionado numerosísimas víctimas civiles. El tan cacareado compromiso de Occidente con los derechos humanos se ha desvanecido una vez más, en este caso ante la certificación de que el responsable de las violaciones de aquéllos no es otro que un Estado poderoso con el que nuestros gobiernos desean mantener relaciones cordiales y estables. Si además Occidente blande sus propios intereses y puja por controlar los recursos energéticos en el mar Caspio —al respecto bien puede ser vital su éxito en la promoción de un oleoducto que, a través del Cáucaso sur, sortea el territorio de la Federación Rusa—, tendremos acaso el panorama cerrado. No está claro, de cualquier modo, si los intereses geoeconómicos occidentales pasan por una Rusia débil o, por el contrario, reclaman de una Rusia que ejerza un férreo control sobre su patio trasero. Si este último horizonte es el más certero, parece fuera de duda que las potencias occidentales le seguirán dando la espalda, en Chechenia, al principio de autodeterminación y que tendremos conflicto para rato.

Apéndices

I. Los protagonistas

Avturjánov, Omar. Político chechewla oposición a Dudáyev.

Basáyev, Shamil. Político checheno, en la oposición a Masjádov. Dirigente de la guerrilla wahabita desplegada en Daguestán en 1999.

Chernomirdin, Víktor. Primer ministro ruso designado en 1993. Máximo responsable, junto con Yeltsin, de las operaciones militares iniciadas en 1994.

Dudáyev, Dzhojar. Político checheno, general del ejército soviético y presidente de Chechenia entre 1991 y 1996, el año de su fallecimiento.

Gantemírov, Beslán. Político checheno, alcalde de Grozni y, después, en la oposición a Dudáyev.

Grachov, Pável. Ministro de Defensa ruso en el momento de la ofensiva en Chechenia de diciembre de 1994.

Jasbulátov, Ruslán. Político checheno, en la oposición a Dudáyev. Presidente del parlamento ruso hasta la disolución de éste en 1993.

Kovaliov, Serguéi. Político ruso, activista en favor de los derechos humanos y claramente enfrentado a las operaciones militares desplegadas en Chechenia en 1994 y 1999.

Kvashnín, Anatoli. Jefe del Estado Mayor del Ejército ruso, uno de los responsables de las operaciones militares de 1999.

Labazánov, Ruslán. Político checheno, en la oposición a Dudáyev.

Lébed, Aleksandr. General del ejército ruso, máximo responsable de la consecución de un acuerdo de paz en Chechenia en agosto de 1996.

Mamodáyev, Yaragui. Político checheno, en la oposición a Dudáyev.

Masjádov, Aslán. Político checheno, presidente del país desde las elecciones celebradas en enero de 1997.

Putin, Vladímir. Primer ministro ruso designado en agosto de 1999. Máximo responsable, junto con Yeltsin, de las operaciones militares de 1999.

Radúyev, Salmán. Político checheno, dirigente de unidades paramilitares.

Shamánov, Vladímir. General ruso, uno de los responsables de las operaciones militares de 1999.

Tróshev, Gennadi. General ruso, uno de los responsables de las operaciones militares de 1999.

Volski, Arkadi. Político ruso, enviado especial del presidente Yeltsin en Chechenia en 1995.

Yandarbíev, Zelimján. Político checheno, máximo responsable de su país desde la muerte de Dudáyev, en abril de 1996, hasta principios de 1997.

Yeltsin, Borís. Político ruso, presidente del país desde 1990.

Zavgáyev, Doku. Político checheno, dirigente del Partido Comunista de Chechenia, en la oposición a Dudáyev.

II. Cronología

1785-1791

Mansur Ushurma dirige una férrea resistencia chechena frente a los intentos de conquista del país acometidos por el imperio ruso.

1834-1859

Shamil encabeza la resistencia chechena ante un nuevo intento ruso de hacerse con el control del país.

1864

Chechenia queda incorporada, por la vía de las armas, al imperio ruso.

1919

Se crea un emirato del Cáucaso norte en el que participan los chechenos.

1922

Queda disuelta, en virtud de un proceso de fragmentación, la ‘república soviética autónoma de las Montañas’ creada poco antes. Se reconoce una región autónoma de Chechenia.

1936

Se procede a crear la ‘república socialista soviética autónoma (RSSA) de Chechenia-Ingushetia’.

1944

El grueso de la población chechena es deportado hacia el Asia central, de tal suerte que queda abolida la RSSA de Chechenia-Ingushetia.

1957

Se permite que los chechenos supervivientes retornen a su tierra y se restablece la RSSA de Chechenia-Ingushetia.

1988

Ven la luz en Chechenia un Frente Popular y otras fuerzas políticas.

1990

Zavgáyev, un miembro del Partido Comunista checheno, es elegido presidente del parlamento. Chechenia emite una declaración de soberanía. Surge el Congreso Nacional del Pueblo Checheno, encabezado por Dudáyev. Se crea una Confederación de Pueblos Montañeses del Cáucaso.

1991

El fracaso del golpe de Estado de agosto facilita la ilegalización del Partido Comunista de Chechenia y el auge del Congreso Nacional del Pueblo. Éste se impone en las elecciones de octubre y coloca a Dudáyev en la presidencia del país. El parlamento electo declara unilateralmente la independencia de la república.

1991-1994

Chechenia funciona en los hechos como un Estado independiente. Aunque Rusia no reconoce jurídicamente la independencia, apenas da pasos efectivos para frenarla. Aun así, Chechenia padece un relativo embargo económico.

1992

Chechenia e Ingushetia se separan.

1993

Dudáyev disuelve el parlamento checheno.

1994

La oposición chechena fracasa en un intento de ocupar Grozni. En diciembre, el ejército ruso penetra en Chechenia y se inicia un sangriento conflicto bélico.

1995

Prosigue la guerra en Chechenia, con reveses visibles para el ejército ruso. Secuestro de civiles, protagonizado por grupos armados chechenos, en Budiónnovsk.

1996

Nuevos secuestros, ahora en Kizliar y en un buque en el mar Negro. Dudáyev muere alcanzado por un misil ruso. Su sucesor, Yandarbíev, firma un acuerdo de paz con Rusia que no será respetado por esta última. Tras una fracasada ofensiva del ejército ruso, en el mes de agosto se firma, con el aval del general Lébed, un acuerdo de paz que implica el fin del conflicto iniciado a finales de 1994 y la apertura de un período de normalización en la vida chechena.

1997

Las opciones independentistas ganan claramente en las elecciones chechenas. Masjádov se convierte en presidente del país.

1998

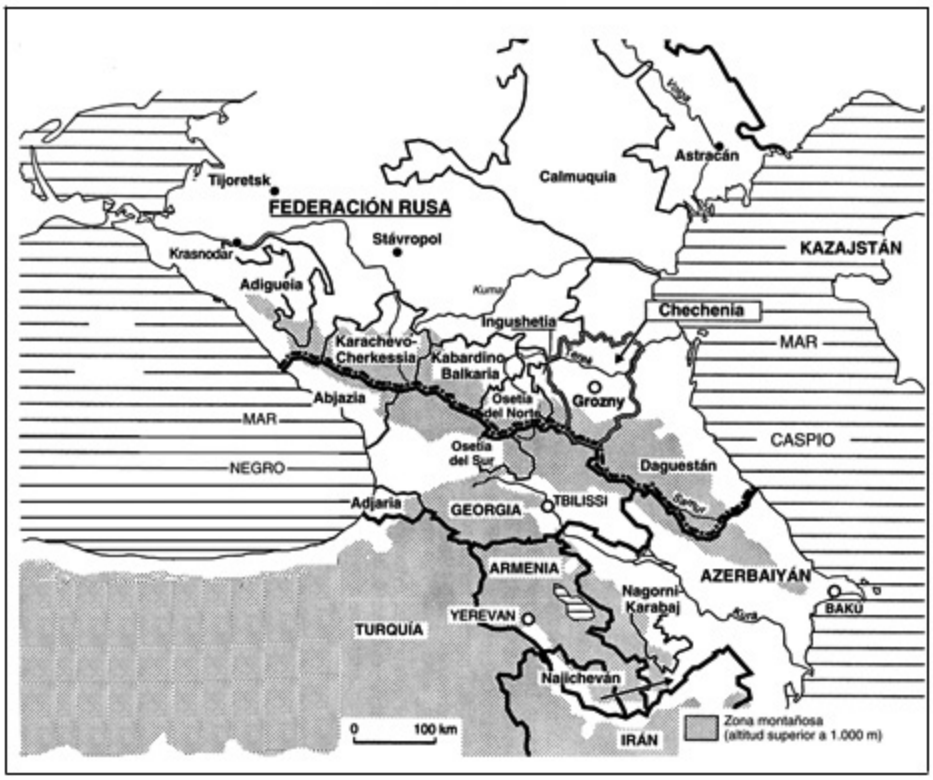
La crisis política y económica se hace valer con fuerza en Chechenia. Se suceden los secuestros en el país.

1999

Una guerrilla islámica se despliega en Daguestán, mientras se colocan en Moscú varias bombas que, atribuidas a la resistencia islámica chechena, producen centenas de muertos. En octubre, el ejército ruso vuelve a intervenir en Chechenia. Bajo presión norteamericana se alcanza un acuerdo para construir un oleoducto que, sorteando Rusia, discurra desde Azerbaiyán hasta Georgia.

III. Mapas

Mapa I
El Cáucaso

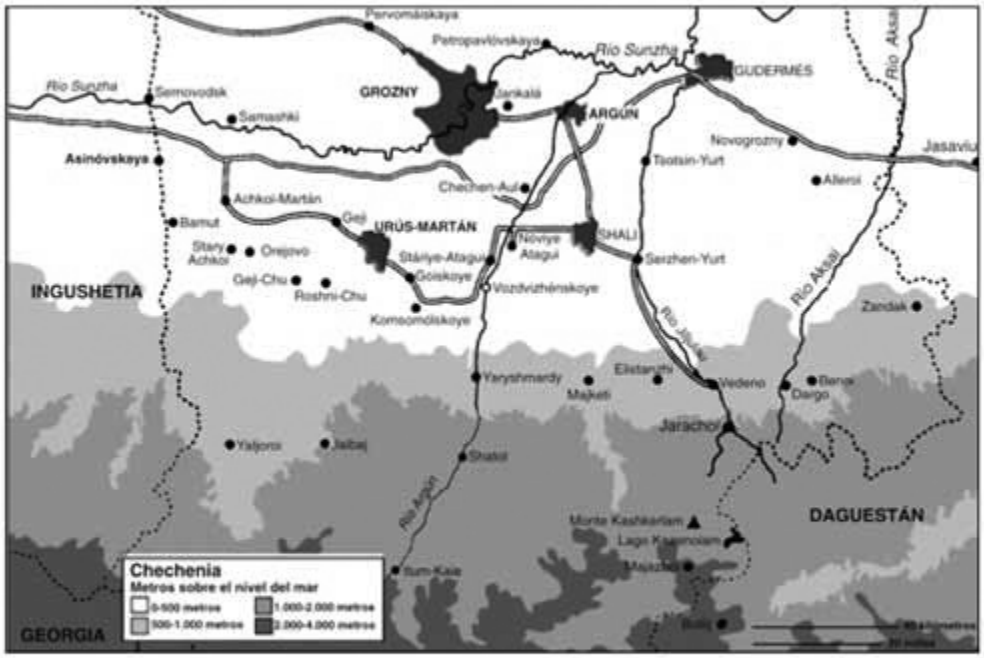


Tomado de "Géopolitique du Caucase", monográfico de *Hérodote* (nº81, abril-junio de 1996), pág. 5.

Mapa II
Chechenia

Tomado de "Géopolitique du Caucase", monográfico de *Hérodote* (nº81, abril-junio de 1996), pág. 37.

Mapa III
La parte central de Chechenia



Tomado de Carlotta Gall y Thomas de Waal, *Chechnya. A small victorious war* (Pan, Londres, 1997), pág. 382.

IV. Bibliografía

Yu. A. Aidayeva (dir.), *Chechentsi. Istoriya sovremennost* (Mir domu tvoyemú, Moscú, 1996).

Shirin Akiner, *Islamic peoples of the Soviet Union* (KPI, Londres, 1986).

Nina Bachkatov y Andrew Wilson, *Tchétchénie. Histoire d'un conflit* (GRIP, Bruselas, 1995).

Ali Banuazizi y Myron Weiner (dirs.), *The New Geopolitics of Central Asia and its Borderlands* (I.B. Tauris, Londres-Nueva York, 1994).

Marie Bennigsen (dir.), *The North Caucasus Barrier. The Russian advance towards the muslim* (Hurst, Londres, 1992).

Charles W. Blandy, *A compendium of conflict in the Caucasus* (Conflict Studies Research Center, Sandhurst, 1994).

Charles W. Blandy, *The Chechen Conflict. Escalation and Expansion* (Conflict Studies Research Center, Sandhurst, 1995).

Patrick Brunot y Viacheslav Aviutski, *La Tchétchénie* (PUF, París, 1998).

Jacinto Cañete y otros, *El Cáucaso. Rivalidades y estrategias* (Instituto de Europa Oriental-Universidad Complutense, Madrid, 1997).

Roger Caratini, *Dictionnaire des nationalités et des minorités en U.R.S.S.* (Larousse, París, 1990).

Hélène Carrère d'Encausse, *Victorieuse Russie* (Fayard, París, 1992).

Chechnia. A report of an international factfinding mission. 24 september to 3 october 1992 (International Alert, Londres, 1992).

Levon Chorbajian y otros, *The Caucasian Knot* (Zed, Londres, 1994).

Bruno Coppieters (dir.), *Contested Borders in the Caucasus* (Vubpress, Bruselas, 1996).

Dale F. Eickelman (dir.), *Russia's Muslim frontiers* (Indiana University Press, Bloomington, 1993).

Gabirel Ezkurdia y Andoni Gorostiaga, *Errusiar hatzaparrak Kaukasoan* (IPES, Bilbao, s.d.).

Magomet Galaev, *The Chechen Crisis: Background and Future Implications* (Conflict Studies Research Centre, Sandhurst, 1995).
Carlotta Gall y Thomas de Waal, *Chechnya. A small victorious war* (Pan, Londres, 1997).
"Géopolitique du Caucase", monográfico de *Hérodote* (nº81, abril-junio de 1996).
Suzanne Goldenberg, *Pride of Small Nations. The Caucasus and Post-Soviet Disorder* (Zed, Londres, 1994).
Gosudárstvenni Komitet SSSR po Statístike, *Naródnoye jotsiaistvo SSSR* (Finansi i Statística, Moscú, anual).
Gosudárstvenni Komitet SSSR po Statístike, *Naseléniye SSSR* (Finansi i Statística, Moscú, anual).
Human Rights Watch Helsinki, *Russia. War in Chechnya. New Report From the Field* (Human Rights Watch/Helsinki, Nueva York, 1995).
Patrick Karam y Thibaut Mourgues, *Les guerres du Caucase* (Perrin, París, 1995).
Helen Krag y Lars Funch, *The North Caucasus. Minorities at a Crossroads* (MRG, Londres, 1994).
Jean Jacques Marie, *Les peuples déportés d'Union Soviétique* (Complexe, Bruselas, 1995).
Claire Mouradian, *Le Caucase des indépendances* (La documentation française, París, 1993).
Christian Neef, *Der Kaukasus* (Aufbau, Berlín, 1997).
Aleksandr Nekrich, *The punished peoples. The deportation and fate of Soviet minorities at the end of the Second World War* (Norton, Nueva York, 1978).
N.N. Novichkov y otros, *Rossiskie Vooruyennie Sili v chechenskom konflikte* (Trivola, Moscú, 1995).
Sergio Salvi, *Breve storia della Cecenia* (Giunti, Florencia, 1995).
Sergio Salvi, *La Cecenia e i paesi del Caucaso del Nord* (Insula, Nuoro, 1996).
Mark Smith, *Chechnya: the Political Dimension* (Conflict Studies Research Centre, Sandhurst, 1995).

Mark Smith, *Chechnya and the Yel'tsin Presidency* (Conflict Studies Research Centre, Sandhurst, 1995).
Mark Smith, *A Chronology of the Chechen Conflict* (cinco entregas) (Conflict Studies Research Centre, Sandhurst, 1995-1997).
Jonathan Stern, *Oil and Gas in the Former Soviet Union: the Changing Foreign Investment Agenda* (RIIA, Londres, 1993).
Michael Unger, *GUS. Völker und Staaten* (Wilhelm Heyne, Munich, 1992).
Gueorgui Vachnadze, *Goriáchiye tochki Rossi* (Ltd, Moscú, 1993).
Gueorgui Vachnadze, *Les mafias militaires du Kremlin* (Ellipses, París, 1994).
Ronald Wixman, *The peoples of the USSR. An ethnographic handbook* (Macmillan, Londres, 1984).

Table of Content

Prólogo
I. El escenario
II. La historia
III. La economía
IV. La declaración de independencia de 1991
V. La Chechenia de Dudáyev
VI. Disputas etnoterritoriales y relaciones externas
VII. La política nacional de la Federación Rusa
VIII. Las causas de la acción militar rusa de diciembre de 1994
IX. La guerra de 1994-1996 y la crisis política en Rusia
X. Del acuerdo de paz de 1996 a la guerra de 1999
XI. Una conclusión rápida
Apéndices
- I. Los protagonistas
- II. Cronología
- III. Mapas
- IV. Bibliografía